

XVII.

Después de algunos días recibió Ernesto una carta en estos términos concebida: Querido Ernesto: Con júbilo singular leí tu carta, en la cual me insinúas tu deseo de partir á Madrid. Apruebo tu resolución como dictada por esa tu noble inteligencia, que necesita espacio para volar con desahogo. En Madrid encontrarás tu casa en la mía y el cariño de tu tío te proporcionará todos los medios necesarios para que emprendas el viaje con aquella comodidad que corresponde á tu clase.

Manda cuanto gustes á tu tío. BRAULIO.

P. D. Toda resolución debe ponerse pronto en práctica. Mañana pasa en un vapor á Valencia. De allí á Madrid todos los días hay diligencias.

Ernesto quedó como deslumbrado. Extrañaba infinito tanta generosidad en hombre tan mezquino. La tardanza de su tío en contestar fue siempre para él presagio de una redonda negativa. Además; su padre le había insinuado siempre al bueno de don Braulio, la necesidad de que Ernesto pasase á Madrid, y su absoluta falta de recursos; y el buen tío jamás se había ablandado, contestando siempre: Puede ser piloto. ¡Oh, sublime milagro! ¡Oh, portentoso amor; qué buenos, qué santos son bajo tu influencia los hombres! No olvidemos que en el mundo andan unidos lo sublime y lo ridículo, para demostrarnos que si el infinito poder de Dios hizo del mundo un templo, la infinita miseria del hombre ha convertido ese templo en una inmunda taberna. Solo en la cúspide del templo, donde no han podido llegar nuestras manos brillan los rayos de oro del sol; solo en su bóveda no manchada por nuestro aliento vagan con suave y puro esplendor las místicas estrellas.

XVIII.

Ernesto volvió á leer la carta; y entonces involuntariamente vino triste dolor á su corazón, negro remordimiento á su conciencia, porque se acordó de María. Siempre la felicidad está mezclada con hiel. Cuando llevamos á los labios la copa de la alegría no sabemos distinguir el dulce nectar del placer, del amargo brejaje del dolor.

Hariamos poca justicia al corazón de Ernesto, sino dijésemos que entraba por mucho en su ánimo el deseo de elevar á su amante un día á levantado rango. Quería derramar á sus pies un tesoro, y ver como palidecían de envidia sus rivales. Hay almas que no se contentan solamente con la felicidad, sino que anhelan darla en espectáculo, para que la admiren las gentes. Ernesto tenía veinte años, edad en que lo pasado brilla con cambiantes de halagueña luz, y con deslumbradores destellos centellea lo porvenir. Edad que da fe é ilusiones al corazón. No creais nunca, amadas lectoras, á esos jóvenes pedantes que se presentan lacrimosos con el corazón marchito, ostentando en la frente, en vez de la aureola de la felicidad, la corona de espinas del desengaño; no los creais, se necesita padecer las mas amargas decepciones, sufrir los embates mas terribles de la suerte, haber visto caer uno por uno en la tumba ó en el olvido á todos los seres que amamos, para caer en la desesperación, cuando la sangre hierve, cuando la fantasía despliega sus alas matizadas de mil risueños colores, cuando cada mujer es un hada, y comienza el alma á sentir el amor, y á perderse en los celajes del porvenir dorado por la ambición. ¡Cuántas digresiones! Ernesto lloró su amargo sacrificio, y desatando su barca entregóse en brazos del mar para que le llevase á do se hallaba su amada.

XIX.

Era don Pedro de Urgel un comerciante arruinado. Su hija María tan solo le quedaba de consuelo en el mundo. Su ruina había nacido de no mirar al norte del egoísmo para emprender sus negocios.

La conciencia es el mayor enemigo de todo ducho comerciante.

Solo medra el que arruina á los demás; el que no tiene los insuperables obstáculos de la honra y de la delicadeza. Si jugaba á la bolsa, no jugaba con avisos ciertos; si emprendía un negocio no llevaba la mira de ganar doscientos con uno de capital; si vendía no engañaba al comprador; y si prestaba no exigía el doble por su dinero; en fin, no era comerciante. Era un tonto. Así se denomina hoy por antonomasia á todas las gentes honradas. Cuando sus arcas estaban repletas le llamaban todos el Fouquet de Alicante; cuando quedaron vacías los mismos que las habían yaciado exclamaron: *Es un pobre diablo, se ha metido en lo que no entendía.* El mundo es el purgatorio; pero el mundo comercial es el infierno.

XX.

Advertencia.

Don Pedro temía mucho una quiebra que pudiese lastimar su honra. Era capaz hasta de sacrificar á su adorada hija en aras de su propio honor. Le espantaba, le martirizaba la idea tan solo de verse precisado á quebrar. ¡Y luego se llamaba comerciante!

XXI.

En la plaza de la Constitución de Alicante tenían algunos corredores y comerciantes el siguiente coloquio en su dialecto valenciano, que (entre paréntesis) es muy idóneo para la murmuración.

—Alerta; que don Braulio compra todos los créditos existentes contra don Pedro de Urgel.

—¡Contra don Pedro! Pues quedará lucido.

—Ese hombre se ha vuelto loco.

—Le ha trastornado el seso la horrible bailarina que galantea.

—¡Galantea á una bailarina?

—Es mas feo que Esopo, y mas enamorado que Cupido.

—Pero decidme, ¿no tenia otra querida en Madrid...?

—Tiene cien mil. ¡Como que le cuestan su dinero!

—Y como á él le cuesta tan poco el dinero.

—Vamos al asunto: que yo tengo créditos contra don Pedro, que ya los daba hasta por un ochavo; exclamó un panzudo comerciante.

No puedo creer que compre los créditos de ese hombre; que se ha retirado voluntariamente á la huerta por no poder sufrir á sus acreedores y por ocultar su torpeza.

—Si que es torpe!

—Y tonto.

—Y pródigo.

—Y capaz de trabajar hasta morir por satisfacer sus deudas.

—Pues no cabe duda, don Braulio compra los créditos.

—Pues entonces á venderlos.

—Como que no tiene de qué pagar don Pedro.

Ya se sabe; los hombres como las mujeres pasan murmurando el tiempo.

XXII.

Quando vió don Braulio que había reunido todos los créditos, exclamó:

—¡Soy feliz! Con estos papeles que nada valen voy á comprar mi felicidad. Después dirán los noveleros y los dramáticos que el amor es santa emanación del cielo; yo les probaré que amar, como todo, se reduce hoy día á papel. Con papel se ganan los corazones, caen los ministros, se aplaca la revolución; con papel se allanan las montañas. El papel moneda ha sustituido á la fe; y ha derrotado á la esperanza.

Apuesto, querido lector, á que no sabías que don Braulio era tan buen filósofo.

XXIII.

Apartemos nuestros ojos de tanta degradación; de tanta miseria. Hay momentos en que el alma se desespera y duda, cuando ve el mundo entregado al interés, el vicio y la ignorancia dominando como absolutos señores, la virtud escarnecida, premiados los mas viles sentimientos, y las muchedumbres sumidas en la barbarie, lamiendo gozosas las cadenas que arrojan á sus hombros los impotentes poderosos de la tierra.

Convirtamos nuestros ojos á la barca de Ernesto: que en el mundo debemos buscar el soplo de la poesía y del amor como busca cansado viajero en el desierto la brisa que le anima, la fuente que le refrigera.

La noche envolvía en su manto las solitarias playas. Ernesto atracó su pequeña barquichuela, y al compás de las olas entonó una canción amorosa. Aun se oía á lo lejos el eco repetido por las azuladas montañas, cuando María salió de su casa dirigiéndose hácia la barca.

—Ángel mio: temí no verte!

—Ya escuchaba ansiosa creyendo oír tu cantar: Me he engañado mil veces.

—¡Cuánto te amo, María! Estos momentos de poesía, de encanto, en que nuestras almas se comunican como si el soplo de la pasión hubiese desvanecido nuestros cuerpos; estas horas santísimas son los momentos de gloria que nos es dado adivinar en la tierra.

—Momentos que serán eternos, Ernesto; porque son momentos divinos.

—Si: yo siempre, María, te estoy mirando, siempre te estoy oyendo. Mis ojos han recogido con tanto afán los rayos de tus miradas, han escuchado mis oídos con tanto amor el eco de tus palabras que eres sin duda la luz que me guía en la tierra, la mágica armonía que endulza las melancólicas horas de mi existencia.

—Nos amaremos siempre?

—Siempre. ¿No está tu imagen grabada aquí en el corazón? ¿No tengo siempre tu nombre en los labios? ¿No guarda eternamente tu recuerdo la memoria? ¿Y tú me amas también?

—Si te amo; no sé decirte. Mira, todo cuanto nos rodea está lleno de tí. Parece que infinito como Dios te multiplicas para seguirme. Te apareces en la iglesia, centelleas en la lámpara que arde en el altar, te reflejas en la moribunda mirada del Salvador que guarda la cabecera de mi lecho, y en el campo, en el cáliz de las flores, en las errantes sombras de la noche te veo vagar cual si nunca de mi lado te apartaras.

—Y es María, que hemos perdido el polvo terrestre que la vida deposita en nuestro inmortal espíritu. El amor nos presta alas para volar á Dios. Reclinado en tus recuerdos, guiado por tu mirar, atravieso muchas veces en mis delirios los cielos.

La tierra huye bajo mis plantas, los astros como arena de oro se remueven al soplo de mi aliento; el sol pálido oscila como lámpara moribunda; y en el vacío, allí donde la vida se apaga, dejo mi vestidura mortal, purifico mi alma para penetrar en el santuario de la divinidad; y al soplo de lo infinito que me arrebató en sus alas, guiado por solitaria estrella que es tu imagen, me pierdo en el foco donde deben su luz los mundos; donde aprenden sus armonías los ángeles y veo que Dios es luz inefable é inefable amor. Y si el amor viene de Dios; si en su esencia es Dios mismo; ¿crees que morirá jamás? No: aquí en la tierra amor es poesía, es ciencia, es virtud, es arte, es el laurel de la gloria; en la muerte amor es bienaventuranza; amor es el mismo Dios.

—Ernesto, Ernesto; cuando no tenga esperanza de oírte, me moriré de pena.

—Tendrás mis cartas que te acompañarán en la soledad; mis palabras de esperanza que regocijarán tu corazón. Yo trabajaré con ansia, con fervor para labrar tu dicha.

—Y no hay medio de que te quedes?

—Ninguno. Mi padre me lo ordena; mi tío me ofrece su vivienda; mi corazón ansia triunfos para depositarlos á tus pies.

—Tu tío! ¡Qué hombre tan repugnante!

—No dependeré de él ni un día siquiera. Quiero independencia. Su casa la necesito solo para pasajera vivienda; porque mi alma no se doblega á recibir humillantes favores. La amarga situación de mi padre me ha obligado á pedir esa merced; que me ruboriza.

—Por fin abandonas estas playas, tan amadas de nuestro corazón.

—Por tu felicidad, María. ¿Con qué derecho puedo pedir tu mano?

—Me matará este sitio donde tantas veces he sido feliz.

—Recuerda como yo la pasada felicidad, y espera en lo porvenir.

—¿Qué voy á ser sin tí?

—Y yo? Allí sin padres, sin amigos, sin hermanos, sin tus palabras y sin tus miradas.

—No te olvides de la oración á la Virgen, Ernesto.

—Y tú no te olvides de orar por mí.

—¿Rezarás todos los días?

—Si, rezaré á la Virgen del Naufragio; para que extienda sobre mi cabeza su manto, para que me libre de los escollos del mundo como me ha libertado de los escollos del mar.

—¡Ay Ernesto! Si alguna vez en medio del murmullo de las gentes, que ahoga la voz de Dios no oyras la campana de la oración...

—No temas; porque tú me has enseñado á orar. Abandonado de mi madre al borde de la cuna, no había oído jamás mas rezo que el murmullo de las olas y el gorgeo del ruiseñor. Mi primera oración fue el Ave María, que tú me enseñaste en una noche de luna. Desde entonces tu nombre me recuerda siempre á la Virgen y cuando el crepúsculo extiende su dudosa luz, me postro en mi barca para saludar con amorosa oración á la Estrella de los mares.

—Virgen santa, exclamó María, con los ojos arrasados de lágrimas.

Protégelo.

—Ernesto, al ver á María, alzando sus brazos al cielo, al oír aquella su sencilla y amorosísima plegaria se postro en la arena cruzando sus manos. ¡Cuadro encantador! El mar, el cielo, la luna, las brisas, las oraciones de ambos amantes confundíendose como el aroma de las flores en el seno de la Divinidad, atraídos por el mismo sentimiento de amor y religión.

Concluida la oración y después de breve pausa dijo Ernesto.

—Mi partida es mañana.
—¡Mañana! Cuan pronto la desgracia nos amenaza.

—Nuestra despedida debe ser ahora mismo.
—Ernesto, Ernesto..... pudo decir tan solo María, porque los sollozos ahogaban su voz. El corazón de Ernesto se partía en mil pedazos.

—Mira. No te aflijas. En la vida es necesario pasar por la desgracia para alcanzar un aliento de felicidad. Después de esta separación momentánea, nuestros corazones se unirán y vivirán unidos por toda una eternidad;..... y el joven señaló con magestad á los cielos.

María se enjugó las lágrimas y señaló la barca. Ernesto cerró los ojos como demente, y corriendo se lanzó á la barca.

La desgraciada joven no separaba su vista de aquel punto negro que se iba alejando, y del pañuelo de Ernesto, que veía flotar á la luz de la luna como blanca y leve nube. ¡Cuántos pensamientos pasaron por su mente! ¡Cuántos dolores vertieron amarga hiel en su afligido corazón! A sus ojos aquel mar era el abismo de la eternidad, en el cual se sumergía Ernesto. Hay dolores que se sienten y no se pintan, dolores que arrancan lágrimas de hiel, y nublan los ojos, y turban la cabeza, y ahogan y sin embargo no matan. Hay dolores que la muerte consolara, pero la muerte es nuestra mas implacable enemiga, y prefiere sorprendernos en la hora de nuestros festines.

Al volver á su casa dió María un grito de espanto. Le parecía haber visto un monstruo mitológico oculto en la oscuridad.

A la luz de la luna su fascinación le pintó un mono con pico de cigüeña, y en traje de hombre. Era don Braulio. Su usura malicia le hizo sospechar que Ernesto debía despedirse de su amada aquella misma noche. Se encaminó á casa de María, y oculto en el follaje la siguió para enterarse de la naturaleza de los amores de María y Ernesto.

Cuando vió al joven huir llorando á su barca, y á María arrodillarse en la arena, no pudo contener la risa.

—¡Pardiez! ¡Qué amores tan platónicos! Decía para sí. (Era muy aficionado á los monólogos).

No tuvo celos porque solo los hubiera tenido en caso de haberlos visto envueltos en una nube de voluptuosidad y de goces.

Aunque á tan villano sentimiento, si es que sentimiento puede llamarse, no debe darse nunca el noble nombre de celos.

Así continuó en su regreso á Alicante.

—¡Pues aprovecha bien mi sobrino la soledad! Allí han hablado de arroyos, de fuentes, de poesía, de los ángeles, de Dios, de todo, y en sustancia de nada. Parecía la conversacion de una monja y un ermitaño. Amor tan puro no puede ofender ni aun al mas escrupuloso marido. María ceñirá siempre á las sienes de su esposo coronas de jazmines y azucenas. ¡Tanto mejor! Así me ahorro el gasto de jardín. Con los medios que voy á poner en práctica es cosa indudable mi enlace con María.

No saben ambos la red que les preparo.

XXIV.

Los tristes negocios ahogaban á don Pedro de Urgel. Con el dinero tomado á don Braulio acababa de consumir su ruina. Sentado en su gabinete, después de haberse aburrido, agrupando números que solo demostraban la pobreza de su caja, y su angustioso estado; abrió la Biblia y fue leyendo los siguientes pensamientos de Job, que parecían escritos para su amargado corazón.

«Si anduve, y se precipitó sobre la mentira mi pie que se me pese en balanzas justas, y conocerá Dios mi rectitud. Si extendí mi paso fuera del camino, y ven pos de mis ojos fué mi corazón, ó á mis manos se pegó algo, siembre yo y otro coma; y mis retoños sean arrancados.»

«Si desestimé la justicia de mi sirviente ó de mi esclava al litigar ellos conmigo. Si prohibí algo de lo que querían los pobres, ó los ojos de la viuda deprimí, ó comí mi torta solo, y no comió el indigente de ella. Si vi alguno que perecía por falta de vestido ó sin cubierta al menesteroso.»

—¡Oh Dios mio, Dios mio, exclamó don Pedro, hice bien á todos los desgraciados, y como este infeliz, cuyas quejas llegan á mí al través de los siglos he recogido cosechas de espinas, y soy ahora escarnio de los hombres!

XXV.

Al día siguiente amaneció el cielo despejado y sereno el mar. Un suave aliento de las costas africanas rizaba las olas. El vapor se mecía en el puerto en medio de innumerables barquichuelos que iban y venían, llevando equipajes, transportando á bordo ó á tierra innumerables pasajeros. Las azuladas costas bañadas por el sol se sonreían con esa alegría indefinible que la transparente, y pura atmósfera, lo suave de los vientos, lo risueño de las campiñas difunde por los felices climas meridionales. Alicante desde el vapor presenta mágico aspecto. Recostada la ciudad en la falda de elevado castillo, parece un centinela que guarda los mares y aprisiona los vientos. Aquel monte aislado, fecundo para la guerra, estéril para la naturaleza, infunde un sentimiento de tristeza, porque las arenosas playas que le circundan ornadas con algunas palmeras son también áridas como las rocas que sostiene el gigantesco castillo. Parece imposible que tan cerca se encuentre la hermosa huerta de innumerables palacios y de infinitos jardines. Alicante, sin embargo, se ha ornado para entretejer lazos con que aprisionar al viajero. Las ciudades de las costas tienen mas gracia, mas coquetería que las ciudades del interior, y es porque á su seno van viajeros de todo el mundo, y necesita dejar en su ánimo gratos y apacibles recuerdos. Por eso la ciudad para contrastar el ánimo abatido con el aspecto guerrero, se ha ornado de flores, tejiendo para su sien una diadema, y en medio de aquellas azoteas tan esmaltadas, son dignas de verse las hermosísimas mariposas alicantinas, gala la mas bella, la mas deslumbradora de la meridional ciudad.

A las cuatro de la tarde el vapor se mecía con mas fuerza como si sacudiese su profundo sueño. Algunas bocanadas de humo salían de su vientre como si bostezase soñoliento. Las barcas le rodeaban, parecían una banda de polluelos en torno de gigantesco cetáceo. Suspiraba el mar, llorando tal vez por la partida de alguno de sus hijos.

Un joven apoyado en la proa del barco, miraba á la isla de Tabarca con los ojos arrasados de lágrimas. Era Ernesto. Lloraba sí, porque es imposible mirar con serena frente en el momento de partir, los lugares testigos de nuestra inocencia, la veleta del campanario, y la sombra de la iglesia que recogió las primeras oraciones de nuestro pecho, la playa que hollaron siempre nuestros pies, el patrio techo donde se mecía la cuna que nos abrigaba, y vivió la madre que nos sonreía, y los campos por do corrimos, en pos de un nido, persiguiendo á una pintada mariposa.

El vapor empezó á volar sobre las ondas. Entonces

sufrió Ernesto un vahido, y parecía que el viento de la fortuna se arrebatara en sus alas. A la izquierda comenzó á desplegarse la huerta. María desde una ventana de su casa tendía sus brazos al mar. Ernesto sintió que le traspasaban el corazón, que le arrancaban el alma. En medio de aquella risueña campiña que todos admiraban, dejaba él sus amores, su felicidad, sus ilusiones y la esperanza de su oscuro porvenir. Sintió un vahido como si el mundo se hubiera alejado de su alma, ó como si su alma se hubiera alejado del mundo. Dejó de oír el suspiro de las olas, los gritos de los marineros, el sordo hervidero del vapor, el rechinar de las máquinas, y solo delante de María juró amarla por toda una eternidad, y morir de amor antes que olvidar al ángel de su existencia, á la mujer que le habia inspirado sus dulces cantares, y enseñándole á orar le habia hecho poeta.

Se nos olvidaba decir que en la cámara de las señoras habia una mujer vestida de negro. Seria la sombra de Ernesto.

XXVI.

Así que vió don Braulio alejarse á su sobrino, respiró; le parecía que su dicha era completa, y que su deseo estaba ya realizado y satisfecha su brutal pasión. Al siguiente día se encaminó á casa de don Pedro. María tenia una horrible repugnancia á semejante monstruo; así es que á pesar de sus numerosos cumplidos y reverentes cortesías no logró don Braulio oír de sus labios mas que entrecortados monoslabos.

—Buenos días, don Pedro, como nos encontramos de negocios.

—He pasado la noche buscando medios para aplacar mi suerte y no he hallado ninguno.

—A veces donde menos se piensa salta la liebre.

—Para mí todo se ha agotado, hasta la esperanza; esa fuente de consuelos inagotable.

—¿Todo? pues haceis muy mal.

—Hago mal, ¿y qué hacer? Mañana vendrán mis acreedores, les mostraré mis arcas vacías y me insultarán; les pediré un plazo y me arrojarán á la calle.

—Es verdad que en situación tan apurada no se halla remedio. Don Braulio queria apurar mas á don Pedro para conseguir sus fines particulares.

—Después no podré presentarme delante de los hombres. Todos los que me han estafado, me tratarán de estafador; todos los que me han vendido me llamarán embustero. Si me muero de hambre dirán que saqué el dinero que me han rendido mis empresas comerciales. Mi ciencia ha consistido en arruinarme; en dispendiar los caudales de mis padres, y la fortuna de mi propia hija.

—Y después el honor...

—¡Oh! el honor. Las manchas que caen en el honor solo puede borrarlas el aliento de la muerte.

—¡Que hombre tan tonto! dijo para sí don Braulio.

Cuando no podemos presentar el escudo de la honra; cuando á los ojos del mundo somos viles, porque la desgracia es villanía; cuando no está en nuestras manos acallar las murmuraciones de las gentes, y todos nos maldicen, y nos miran todos con torvos ojos, es preciso acudir á la muerte porque la tierra nos rechaza.

—O á la soledad, ó á la emigración... Una quiebra es cosa muy puesta en uso.

—Una quiebra es cosa espantosa porque quiebra el honor.

—Cuando es de buena fe...

—Y suponeis por ventura que el mundo cree ya en quiebras de buena fe?

—Pero el que no tiene hijos... murmuró don Braulio,

tocando en la llaga del corazón de don Pedro
—¡Hija mia! ¡hija mia! Mas te valiera no haber conocido padres que tener un padre tan miserable. Mi hija; el único consuelo de mis desdichas, se ve expuesta á la horfandad, á la miseria...

—No; las mujeres siempre tienen recursos para no morir de hambre.

—¿Qué decis? ¿qué palabras habeis pronunciado? Explicadme esa palabra, sino quereis que á pesar de mis achaques os salte la tapa de los sesos.

—No os alarmeis. Quise decir que vuestra hija es hermosa y que puede encontrar un buen marido.

—No tiene dote. En el mundo los casamientos son ya contratos. Los hombres no aman. Dios, al verlos tan miserables; tan indignos, ha apagado en sus cancerosos pechos la luz purísima del amor.

—Pero siempre se ven excepciones...

—¡Que son rarísimas. Antes iban nuestros padres en peregrinación á visitar el Santo Sepulcro; hoy vamos á las magníficas exposiciones de Londres en pos de una butaca-cama para asentarnos con mayor comodidad.

No hay sentimientos sino cálculos; no hay pasión que no sea sensual, ni hombre que no sea materialista.

—¡Ya! ¡ya! murmuraba entre dientes don Braulio. Este hombre erró la vocación; debía haber sido misionero.

—¿Qué hacer? Dios mio. ¿Qué hacer? exclamaba fuera de sí don Pedro, golpeándose la frente.

—Vuestra situación es desesperada; pero yo os propongo salvaros...

—Salvame de la deshonra; de la muerte. ¡Salvar á mi hija!

—Todos vuestros créditos son míos. Los rompo con una condicion...

—¿De veras? Decidmela si no es afrentosa. Imponedme condicion; pero dadme tiempo para pagar.

—Que... no, mañana. Quedad con Dios.

Y salió don Braulio del aposento.

—¿Será cierto? ¿será cierto? ¡María, María!

XXVII.

—¿Qué mandáis, padre mio?

—Siéntate á mi lado que quiero verte con mis ojos, porque eres tan hermosa, alma mia, que recogijas el corazón de tu padre.

—¡Cuánto me alegro de veros feliz. Estabais tan triste.

—Si estaba triste porque temia que la deshonra empañase nuestras frentes; porque dudaba si debía sufrir con resignación los males que se agolpaban sobre nosotros.

—¡Padre mio!

—Hay dolores, hija mia, que gastan la naturaleza. El cuerpo como es de arcilla no puede sufrirlas, y se rompe estrellándose contra el dolor.

—Si, hay dolores crueles.

—Ojalá no los conozcas nunca, hija mia, porque tú eres una niña y nada has padecido.

—Nada, nada... dijo amargamente María.

—No puede pronunciar el labio lo que ha sufrido el corazón... ¡Hubieras sido muy desgraciada, y mas desgraciado aun tu padre; si Dios no nos hubiera enviado un protector.

—¡Un protector!

—Si, hija mia, si, y para que veas cuánto he sufrido te diré tan solo que mil veces he acariciado con gusto la idea del suicidio.

—¡Padre! ¡Que horror!

—Es horrible, ¿no es verdad? La manía del sui-

cidio suele ser una enfermedad espantosa, hija mía; una enfermedad del corazón que la ciencia no puede curar, y tu padre la ha sufrido en muchas ocasiones de su vida, y al borde del precipicio la misericordia divina le ha salvado.

—¿Y quién es ese protector?

—Don Braulio.

—¿Dios mío!

—¿Qué tienes?

—Me horroriza ese hombre.

—¿Por qué?

—No sé.

—Si, tienes razon, es usurero.

Y padre é hija quedaron sumidos en el mas profundo silencio; para las almas grandes y generosas es penoso creer en la maldad y en la bajeza.

—Tal vez haya Dios tocado á su corazon dijo don Pedro.

—Esperemos... añadió María por no desconsolar á su padre.

—Si, esperemos, dijo don Pedro con amarga sonrisa.

XXVIII.

María no podia separar de su memoria el recuerdo de su adorado Ernesto. Le amaba con el primer amor de su corazon, y veia en él todas las dotes sobrenaturales que el alma se recrea en dar á los seres, objetos de su amor. Sus cantares resonaban en los oidos de la tierna jóven como preludio del cielo; sus palabras guardadas en el corazon venian á su mente en alas de sonrosados recuerdos, y sus promesas de amor y felicidad tenían con deslumbradora luz los dias del porvenir. María despues de la entrevista con su padre, cuando ya habia venido la noche paseaba como siempre sola á orillas del mar. Cuando miraba la vasta extension del Mediterráneo y recordaba que la barca de Ernesto no se meceria ya en sus olas, le asaltaba el dolor, y amargas lágrimas brotaban de sus ojos. Se reclinaba en el peñasco, recogia las flores que habian hollado sus plantas, y sentia que el aire hubiese borrado sus huellas de la arena.

María no pensó que el mundo físico está modelado á semejanza del mundo moral; y que en el tempestuoso mar de la vida el viento del olvido suele borrar los recuerdos del amor. No pensó tampoco que el alma es movable como el Océano, y que hoy refleja los recuerdos de ayer, y mañana es un abismo, dondese hunde lo pasado. Su virginal inocencia le inspiraba fe en el porvenir. ¡Infeliz! Sentada al borde de la vida, las brisas de amorosas ilusiones agitaban sus cabellos, y la esperanza se desplegaba con sus mil matices, encubriendo á sus ojos despeñaderos, por do se arrastra el corazon. No sabia que en el mundo hay olvido para los recuerdos; desprecio para las mas altas pasiones; vicios que manchan el alma, y que do fingimos encontrar la felicidad se halla escondida la muerte. Para qué este afán, si sabemos que todas nuestras aspiraciones han de ser engañadas y burlados todos nuestros deseos? Ni nos arredra el ejemplo, ni nos detiene el inmenso clamoreo de los siglos sepultados á nuestros piés. ¿Hay gloria en el mundo?

La tierra ignora ya el nombre de Homero. ¿Hay amor? El mar de Leucades llorará eternamente la impiedad del corazon humano. ¿Hay grandeza? Preguntádselo á España, á la señora de dos mundos. ¿De qué sirven los recuerdos y las reliquias de los grandes hombres? La corona de Carlo-Magno pesa hoy sobre las sienas del Napoleón el Pequeño. ¿Qué horrible parodia!

Siempre andamos extraviándonos. Imágen fiel de la vida, este libro es un continuado extravío.

Decíamos que María se paseaba sola á orillas del mar.

Al reclinarse en el peñasco donde esperaba á Ernesto, oyó agria voz que la decia:

—¿María!

Volvióse azorada y vió á don Braulio.

—María, queria hablaros.

—¿A mí, señor?

—Si, á vos, María; porque de vos depende la salvacion del que os ha dado el ser.

—No os comprendo.

—Me explicaré claramente.

—Vuestro padre está arruinado. Las deudas que sobre él pesan son superiores á sus recursos y superiores á sus fuerzas. Deseoso de pagar á todos se ha comprometido con todos y su casa es un laberinto; de donde puede salir con las manos vacías y la frente señalada con el sello de la deshonra.

—Lo sé.

—Sabeis tambien que aquí no paran los males. La desgracia en el mundo es perseguida, es insultada. Vuestro padre tiene un corazon muy débil; uno de esos corazones que sucumben fácilmente á la desgracia. Le mataria el verse acosado por sus acreedores; el contemplar su casa hecha presa de la ruinosa justicia; el oír la mofa que de su honradez harian las gentes, el...

—¿Ay Dios mío, teneis razon!

—Y despues de perder su fortuna, ó perderia el juicio ó... acaso perderia la vida...

—Si, si; lo conozco: nuestra situacion es desesperante, exclamó María, vertiendo amargas lágrimas.

—Qué triste debe ser para una hija ver á su amoroso, á su buen padre amargado por los mas horribles dolores; perdido su juicio, arrastrando la cadena de todas las desgracias; y si esa hija es cristiana, si piensa que la desesperacion arrastra al suicidio, y el suicidio á la perdición eterna...

—Callad, por Dios, que me desgarras el alma.

—No, María, vengo á salvaros. Si vos quereis podeis pagar las deudas de vuestro padre. Con solo pronunciar una palabra conjurais todos los males. Con un sí despejais el negro horizonte de ese encapotado porvenir.

—¿Qué he de querer? ¿Qué he de decir?

—María; yo os amo, y puedo salvar á vuestro padre, dijo arrojándose á sus piés.

La jóven retrocedió como si hubiese visto una víbora que se arrastraba á sus plantas. Aquella declaracion la hirió mortalmente, y pálida, desencajada, ni proferia palabras ni tenia fuerza para salir de tan horrible situacion.

—Si, María. Abrid esos labios y los créditos de vuestro padre serán rasgados, dadme un sí y os vereis rodeada de riquezas, nadando en el lujo y en la felicidad. Las reinas envidiarán vuestros diamantes, el sol mismo palidecerá eclipsado por el oro que arrojaré á vuestras plantas.

—Callad, no me insulteis. ¿He de vender mi corazon al oro de un avaro? ¿He de prostituir mi vida á un bastardo capricho? Callad: que vuestras palabras me afrentan. Nunca, nunca... Antes morir mil veces.

—Vos no morireis, que morirá vuestro padre. Mañana le arrojarán ignominiosamente de su casa. Mañana llamará á las puertas de sus amigos para pedir una limosna, y los amigos son siempre sordos á la voz del infortunio.

—Viviremos en una choza alejados del mundo. Dios nos sostendrá. Nunca falta su providencia al desvalido.

—Esas son ideas poéticas; que tal vez os haya imbuido mi romancesco sobrino. Idos á esa choza. El frio perseguirá á vuestro padre. El hambre, amaratando sus labios, secando su paladar, le causará los mas acerbos dolores. Y cuando vea que el bien que hizo se ha convertido en su desgracia, que sus favorecidos le

abandonan, regalándose en sus orgias con los favores que él les ha dispensado; cuando sienta que por haber sido bueno y justo, muere presa del hambre y de la sed; maldecirá su existencia y renegará de Dios.

—Sois una víbora, que escupis veneno á mi frente.

—Y vos os sonreireis triunfante; porque habeis contribuido al asesinato de vuestro padre. Y cuando le veais palidecer y morir os reireis de sus padecimientos, y de su muerte, sin que os inspire la conciencia ningun remordimiento.

—No, mi padre es jóven.

—Su juventud le mata. Hay épocas en la vida en que la sangre hierve tanto que nos ahoga y el corazon padece tanto que nos mata. ¿No sabeis otro secreto terrible? Vuestro padre ha padecido siempre de la manía del suicidio.

—¿Quién sois, hombre funesto, que así me martirizais?

—Soy tu salvacion ó tu ruina. Yo siento aquí en el pecho una pasion tan grande, un afán tan interno... María, te amo tanto, que si me desprecias voy á ser el mas perverso de los hombres.

—Si yo no puedo amaros, si mi alma no me pertenece, dijo María profundamente conmovida de compasion por aquel hombre. Era tan buena, que el ver una sombra de padecimiento en aquel hombre, maldiciente por sus vicios, horrible por naturaleza, jadeante entonces de rabia, iluminado por la torva luz de sus brutales pasiones, no le inspiraba odio, sino lástima.

—Nada quiero saber; nada mas que me desechas de tus piés. Bien, puedo perseguir á tu padre por estafador; por haberme pedido dinero cuando no tenia con qué pagarlo, y tendré el placer de oírlo mugir de rabia en una cárcel, de verlo amanecer algun dia colgado de la reja de su calabozo.

—Estais loco. Solo una espantosa demencia puede inspiraros esas terribles palabras.

—Tú, tú... despues verás indiferente esa desgracia. No, aunque tienes entrañas de hiena. Tu padre se suicidará porque las manias nunca se curan. Cuando vayas á llevarle el pan de la miseria á la cárcel, le encontrarás ahogado, agonizante; maldiciendo á los hombres y á Dios. Cuando quieras buscar su sepulcro no le encontrarás; porque para los suicidios no hay sepultura. Cuando á Dios quieras encomendarlo, el rezo se helará en tus labios, acordándote de que padece los tormentos eternos, con que Dios castiga á los malvados. Entonces te ahogará la pena, el remordimiento; porque pudiste darle vida, y le mataste, porque pudiste, haciéndole feliz, darle el cielo, y le condenaste para siempre.

—¿Qué horror! exclamó María temblando y fuera de sí.

—Y sacrificar á tu padre en aras de tu loco amante, un hombre que te abandona por los placeres voluptuosos de la corte. Le prefieres á mí; porque es hermoso y yo soy deforme; porque su cabello es negro y rizado, y el mío no; porque huele su aliento á ambár y mi aliento huele á hiel; porque él te habla de novelas y poesia, y yo te hablo de la amarguísima verdad; le prefieres porque sensual como toda mujer te paras en las formas del hombre, y no en su alma.

—¿En su alma decís? ¿Si tuvierais el alma de Ernesto me martirizariais así? ¿os complaceriais en atormentar al desgraciado?

—¿Vos que bebeis gota á gota el sudor del pobre, dejándole desnudo y hambriento para amontonar el oro que me ofreceis. Vos, que pasais la vida buscando la desgracia no para consolarla, sino para explotarla en vuestro provecho; vos, que os recreais pintando el dolor y la miseria, os comparais con el que se arroja para salvar al naufrago, que comparte con el huérfano la mitad de su sustento, que trabaja para consolar

al que padece y que llora con todos los que lloran? El me habla del cielo es verdad; pero vos me ofreceis oro, como si el oro pudiese engañar mi corazon.

—¡Venganza! ¡venganza! exclamó don Braulio, rugiendo desesperado y alejándose de do María estaba. La jóven sobrecogida de espanto echó á correr desalentada hácia su casa y entrando en su gabinete se dejó caer sobre su lecho deshecha en amargas lágrimas.

XXIX.

Don Braulio se dió prisa á ejecutar su venganza. No durmió en toda la noche saboreando el placer de arrastrar á María hasta la puerta de su casa, y arrojarla de ella ignominiosamente. Gozabase ya en pintar los dolores que traspasarían el pecho de don Pedro cuando se viese maltratado por su único acreedor. Sabia que nadie, absolutamente nadie, tenderia al infeliz una mano amiga. Si hubiera sido de mala fe su quiebra, á buen seguro que le faltaran protectores en el comercio; pero un hombre tan honrado no era digno de compasion, ni acreedor á ningun remedio.

Está muy bien montado nuestro mundo. Honor hace al talento humano esta sociedad en que vivimos. Todos los que en el mal ponen sus ojos se asocian para realizar sus perversos designios. Para el bien nadie se asocia. Los esfuerzos aislados del individuo chocan contra el torrente universal, que se rie de todos los que proponen medios para consolar al infeliz.

¿Y si fuera tan solo reírse! Hablad de la miseria que cuende como plaga en las grandes y pequeñas poblaciones; de medios para aliviar la desgracia del pobre y hacerle mas productivo su trabajo, y al momento vereis como los grandes guindillas de esta sociedad humana, fundada en la desconfianza os echan el guante y os aprisionan por conspirador, por revolucionario. Me parece que estoy viendo la siniestra pluma del censor arrojando una línea de negra tinta sobre esos renglones.

Porque habeis de saber que en el siglo xix despues de la gran revolucion en que el hombre resolvió sus derechos torpemente borrados por el libro de la historia por el orgullo de sus señores; despues que la libertad del pensamiento ha sido consignada por todos los filósofos, reconocida por todos los hombres, aquí tenemos un censor encargado de celar esto que escribo y borrar mis papeles y tachar lo que le parezca y descubrir ilusiones que no existen y (*) si pasa esto, ya os diré cosas mejores.

Volvamos á don Braulio, que en el feo y en lo perverso es imágen abreviada del mundo.

Así que amaneció el nuevo dia, se levantó y dispuso todos sus papeles. Ya hemos dicho que era dado á los monólogos. Como á nadie amaba, con nadie tenia confianza, y con nadie hablaba.

—¿María! O tu padre ó Ernesto. Ya veremos si eres tan virtuosa como dicen las gentes. ¿Virtuosa? Como si en el mundo la caridad, ostentacion; la modestia, orgullo; la sabiduria petulancia; el amor, egoismo. ¿Decirme á mí que en el mundo no hacen todos lo que yo hago! Si Ernesto no da dinero á usura es porque no tiene dinero. Si María no vende á Ernesto por el oro que yo le ofrezco, es porque yo soy horrible.

Y don Braulio arrojó una carcajada epiléptica.

XXX.

Cuanto mas se aproximaba don Braulio á casa de don Pedro, mas creia su reconcentrado furor.

(*) No olvide el lector el tiempo en que se escribió la novela.

A la puerta de la blanca casa vió á María entretenida en hojear un libro.

—Señorita. Pregunto por vuestro padre. —¡Oh! Haced el favor de volver. Está descansando. No ha dormido en toda la noche, dijo María con humilde y amargado acento.

—¡Duerme, cuando está cargado de deudas! Mejor sería que pensase en adquirir dinero para pagar sus deudas.

—Caballero. Nadie tiene derecho á insultar á un hombre de honor delante de una mujer, que no pue-

de vengarlo. Eso solo lo hace la torpe cobardía, ó la suprema infamia.

—Dejemos todo esto á un lado. Quiero verle, lo mando, y ya sabéis que tengo derecho para mandarlo, como que es mía esta casa. María se cubrió el rostro con las manos. Don Braulio, aproximándose al oído de María, murmuró estas siniestras palabras.

—Una hija despiadada asesina al mas desgraciado de los padres; y sin esperar la respuesta de la jóven se lanzó al gabinete de don Pedro.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Cuántos males nos amena



María.

zan! A esta horrible desgracia no puede resistir mi corazón. Padre, padre mio... Y como si estuviese loca, con los ojos nublados, y el paso vacilante se precipitó á la puerta del gabinete. Entonces oyó este corto diálogo.

—Don Pedro. Aquí teneis estos pagarés, que ya han vencido. O me pagais, ú os arrojó mañana mismo de esta casa.

—No me proponiais una condicion.....

—No puede ser. No hay remedio. Pagar ó salir de vuestra casa, porque cuanto en ella hay me pertenece. Mañana mismo voy á proceder al embargo.

—¡Bien! Podeis hacer cuanto se os antoje.

—¡Quedad con Dios!

—Con Dios id... y don Pedro mostraba una calma tempestuosa. Hay dolores desesperantes, terribles. No asoman al rostro, pero hierven en los abismos del corazón.

Así que don Braulio se dirigió á la puerta, don Pedro se dejó caer sobre el sillón.—María entonces entró en la estancia, gritando.

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Don Pedro la recibió en sus brazos, é imprimió un ósculo de amor en su espaciosa frente. Una espantosa carcajada resonó en la estancia. Era don Braulio, que se burlaba del cariño de aquella hija.

María ocultó á su padre la horrible proposicion de don Braulio. Si se nos pregunta la causa de este silencio, diremos que nada hemos podido alcanzar; porque hay acciones cuyos móviles son diversos, oscuros é indefinibles. Los filósofos griegos enseñaban al hombre que la suprema ciencia consiste en conocerse á sí mismo; yo digo que la ciencia mas oculta es



Don Pedro.

la que tiene por objeto conocer y explicar el corazón de la mujer. Ese corazón sereno á veces como el cielo, sembrado de ilusiones de luz, revestido de fé, de esperanzas, consolador, sublime, soplo de vida, que serena el tempestuoso mar de las pasiones, es otras veces negro abismo donde solo se encuentra el infierno del desamor, ó el amargo brevaje del desengaño. Sin embargo, en el trascurso de nuestra narracion tal vez podamos resolver ese problema.

Al dia siguiente Ernesto comenzó á escribir la siguiente carta:

A bordo del vapor.....

Querida mia: Hoy por vez primera en mi vida te escribo; y hoy tambien he sentido por primera vez en mi pecho el agudo aguijon del dolor. ¡Oh María, María! La naturaleza sin tí me parece un templo sin Dios. Mi alma tan amante de lanzarse á los espacios infinitos se repliega en sí misma, y se posa amorosísima en tus recuerdos. Desde aquí veo el horizonte que te cobija desvanecerse como una ilusion de la niñez, desde aquí se descubren las costas en que tantas veces hemos orado juntos, confundiendo nuestras almas. Mi cuerpo

arrebatado por la fuerza del destino, corre á do la suerte le lleva; mi espíritu está contigo y te contempla extasiado y feliz. Este viento que agita mis cabellos te dará nuevas de tu Ernesto, y te dirá que llora tu ausencia, que padece por tí, y que espera volver á verte llena de ternura y de amor. El olor de las blancas rosas que me diste, lo aspiro embriagado cual si aspirara la esencia de tu alma. Hé mil veces, besado aquel rizo, que en premio de mi primera confesion me diste, y algunas lágrimas mias están suspendidas en sus hebras de oro. Tu imágen está en mi corazón; tu nombre en mis labios; tu alma en mi alma, y el aire que respiro está impregnado en tus recuerdos. El sol me acompaña